

—Estás loca, exclamó entonces apoyándose en la portezuela del *coupé*, sabes demasiado que te amo, otórgame, pues, un cuarto de hora de gracia. No he sido yo quien ha buscado y querido ese terrible drama, que, semejante á una tempestad, ha caído sobre mi corazón. Temo perder la cabeza. Déjame entregado á mí mismo aunque no sea más que un día.

En aquel momento, la señora de Armaillac, que al vestirse no había perdido un minuto, salía de la puerta de su casa acompañada de su camarera.

Imaginóse viendo á Marcial hablando en la portezuela de su carruaje, que allí estaba su hija.

—¡Juana! gritó.

El señor de Briançon volvióse, inclinándose ante la condesa que se había acercado.

Carolina comprendió la equivocación é hizo un signo con la cabeza como para decir á la madre:—«No soy vuestra hija.»

—¿Qué hace aquí, pues, esta mujer? preguntó la señora de Armaillac al conde.

Había presentido que Carolina era la rival de su hija.

Marcial no sabía qué contestar.

—Lo ignoro, dijo al fin; al salir he llamado al primer coche de alquiler que pasaba, para conducir á usted á mi casa; y á lo que parece he detenido equivocadamente el coche de esta señora.

Dando esta explicación, hizo seña á un carruaje que acertó á pasar como queriendo alquilarlo para él, pero la señora de Armaillac, ya impaciente, fué al encuentro del

coche y subió á él, haciendo subir en seguida á la camarera.

Marcial entonces abrió la portezuela de su *coupé*.

—¡No sé ya lo que hacer de mí! dijo á Carolina. Esta es la madre de la desgraciada joven que está en mi casa. ¿Qué vá á pensar de todo esto? Porque ella ha comprendido perfectamente que eres mi querida.

—¿Acaso le has prometido casarte con su hija? ¿Y si esa señorita se ha herido con un puñal, es acaso culpa mía? Es ella la que ha venido á arrebatárteme, ¿no soy yo, tu querida legítima?

—Con todas estas disensiones vas á entretenerme y no llegaré oportunamente á mi casa.

—Es mi camino. Dí á tu cochero que vaya por la calle del Circo; yo bajaré en la de San Honorato.

Marcial manifestó al cochero que en cinco minutos quería llegar á su casa.

Cuando el conde se sentó al lado de Carolina, ésta adivinó que había reconquistado á su amante casi por completo, y le dijo con verdadera emoción:

—¡Pobre joven! ¿Es posible que haya muerto?

II

La Resurrección

Mientras tanto, la señora de Armaillac subía la escalera del conde de Briançon poseída del mayor dolor, y no sabiendo cómo iba á encontrar á su hija.

Juana habíase convertido en la querida de Marcial ó bien habia ido á casa de éste en uno de esos cuartos de hora de ceguedad y de curiosidad que preceden á la hora de la caída?

La condesa creía imposible que su hija hubiese perdido la cabeza hasta el punto de echarse en brazos del conde. Sin duda alguna le amaba, pero por audaz que fuera su pasión, una joven como ella no sacrifica en un día todos sus pudores de mujer bien nacida.

La señora de Armaillac, ignoraba todavía que Juana había pasado la noche en casa de Marcial. No había pensado entrar en el cuarto de su hija para informarse, lo que por otra parte hubiera resultado inútil, pues la señorita de Armaillac había puesto previamente en desorden su lecho como si en él hubiese dormido.

Cuando la condesa llegó á casa del conde de Briançon, estaba completamente agena á encontrar á su hija herida de una puñalada.

Al verla dijo el conde:

—Valor, señora.

La condesa entró en el cuarto poseída de más indignación que espanto; pero cuando vió la blancura lívida de Juana, comprendió que un drama horrible había ocurrido allí.

No profirió palabra alguna. Se precipitó sollozando sobre el lecho de su hija, sintiéndose morir.

—Mamá, dijo la señorita de Armaillac estrechando su cabeza con ambas manos; mamá, perdóname.

Y con voz apenas perceptible, añadió:

—Tenía horror al matrimonio, he perdido la razón y he querido morir.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? preguntó la señora de Armaillac más desolada todavía.

Juana no tenía valor ni ánimos para responder.

—Señora, dijo entonces Marcial reprendiendo su emoción, lo que quise decirle en su casa se lo diré aquí.

—¡Hable usted, hable pronto, por Dios!

—La señorita de Armaillac ha tenido miedo de casarse con el señor Delamare. Hubiera querido obedecer á usted, pero su corazón se sublevaba. Creía amarme y arriesgóse á venir á mi casa. Como todas las jóvenes, es algo romántica; quiso castigarse porque me amaba y castigarme de no amarla, pues ella creía que yo no la quiero. En mi ausencia, ha entrado aquí, se ha acostado, y después de tomar un veneno se ha herido con un puñal. Un acto de romanticismo, señora, he ahí todo.

Marcial quiso continuar, pero la condesa no le escuchaba: había cogido á su hija entre sus brazos, y levantándola, observaba con ojos despavoridos la herida negra ya y llena de sangre coagulada en sus bordes inflamados.

—¡Juana, Juana, mi Juana adorada, dime que no quieres morir!

—No, mamá, no me moriré ya, porque el señor de Briançon, á pesar mío, me ha salvado.

La madre dirigió una mirada entre severa y agradecida sobre Marcial.

—Cuando entré, continuó éste, juzgue usted de mi sorpresa, encontrando á esta señorita desmayada sobre mi cama, herida en el pecho y pálida como una muerta. Parecía muerta ya, en efecto; y tanto lo creí así, que quise morirme también en aquel momento. Había ya arrancado el puñal de la herida cuando entró el médico que mi negro fué á buscar inmediatamente. El doctor, á primera vista, reconoció que la señorita de Armaillac no moriría de la herida causada por el puñal, pero vió en seguida que estaba envenenada. ¿Cómo arreglarse para darla el contraveneno? «No está muerta, me dijo el doctor; siento latir su corazón, pero ignoro si tendrá la suficiente fuerza para que obre el contraveneno». Abrí las ventanas para que entrase aire, el doctor paseaba el frasco sobre los labios de la señorita de Armaillac. Los ojos, que había conservado abiertos, pero que nada veían, se cerraron de pronto y suspiró; después abriéronse y murmuró: «Mamá». ¡Hubiese dado yo un mundo para que hubiera estado usted aquí en aquel momento! Hablé de ir á buscarla á usted, pero el doctor no quiso emociones de ninguna clase: ¿qué más voy á decir á usted? La señorita de Armaillac volvió en sí, yo la supliqué de rodillas que viviera, y le dí á besar este Cristo. Consintió ella al fin y tomó el contraveneno.

La condesa vió el Cristo sobre la cama: y besándolo con emoción exclamó:

—¡Oh, Dios mío! hija mía!

La señora de Armaillac estrechó á Juana entre sus brazos.

—¡Pobre loca! dijo contemplando á su hija con una alegría acibarada por el dolor de haberla hallado en casa del señor Briançon. ¡Qué ván á decir de tí!

—Señora, exclamó entonces el señor de Briançon cogiendo á su vez las manos de la madre y de la hija, tengo el honor de pedirlos la mano de la señorita de Armaillac.

Juana hizo un gesto obedeciendo á su nativa altivez.

—No, dijo desasiendo su mano, jamás. Podría usted acusarme de haber preparado una comedia para lograr el matrimonio.

—Entonces, repuso la madre, ¿para qué has venido aquí?

—Por no casarme con el señor Delamare, quería morir; ahora, puesto que me obligáis á vivir, viviré consagrada á Dios. Volveré á mi casa; y en cuanto haya recobrado la salud, ingresaré en el convento de Carmelitas donde me espera mi amiga Blanca.

—Vamos, querida niña, estás más loca que nunca, dijo la señora de Armaillac con un movimiento de impaciencia, á nadie más que á tí tengo en el mundo, ¿y quieres que te pierda?

—Es la fatalidad; respondió la joven; mamá te lo ruego, vestidme y llévame en coche á casa.

Señorita, dijo Marcial, sabe usted que esto es imposible. He consultado con el médico acerca de cuándo podría usted ser trasladada, y ha ordenado dos días de reposo

absoluto. He aquí por qué en vez de conducirla á casa de la condesa he ido á buscarla.

—Sí, será cierto; pero comprendo que he de acompañar á mi madre.

Juana pretendió incorporarse, mas cayó desvanecida, quebrantada por la emoción, tanto por el veneno ingerido como por el golpe del puñal.

—¡Dios mío, Dios mío! exclamó la señora de Armaillac abrazando simultáneamente el cuerpo de Juana y el crucifijo. ¡He perdido á mi hija! ¡Dios mío, no me arrebatéis á mi hija!

El señor de Briançon no era sensible; pero sintió el calor de dos lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Además le afectó profundamente la actitud de la señorita de Armaillac negándose á ser su esposa, hasta el punto de que cuanto más se obstinaba ella en ser su esposa, después de haberle adorado como amante, más presentía él, que iba á amarla con todas las fuerzas de su alma, si Juana lograba vivir, pues el médico no respondía aún de la enferma, sobre todo si se abandonaba á violentas emociones.

—Caballero, dijo la madre; júreme usted que nadie sabrá jamás que la señorita de Armaillac ha estado aquí.

—Se lo juro á usted, señora y debo advertirle que no he pronunciado el nombre de esta señorita ni ante mis criados, ni ante el médico, que lo ignoran.

—Pues bien, caballero. Sea usted tan amable que me permita estar sola aquí con mi hija hasta el momento que me la pueda llevar sin peligro.

La señorita de Armaillac volvióse hacia su madre. Marcial se arrodilló ante el lecho y besó respetuosamente su mano, después saludando á la condesa salió de la habitación.

No sabía dónde ir; bajó por los Campos Elíseos como si quisiera tomar consejo de la casualidad. Encontró á uno de sus amigos que lo animó á entrar en el Club, donde jugó desordenadamente.

—Eres afortunado, le dijo después de media hora de juego; ganas todo lo que quieres.

—¿Es verdad que gano? contestó admirado el conde.

Y al decir esto parecía regresar de otro mundo.

A la hora de comer volvió á su casa y solicitó hablar con la condesa. Pero la condesa le suplicó que no viese á Juana aquel día.

Obedeció otra vez. Fué á comer al café Inglés. Apenas se hubo sentado á la mesa, Carolina Aumont vino á colocarse á su lado.

—Y bien, le dijo, ¿qué ocurre en tu casa?

—No estoy ya en mi casa, respondió.

Y contó á Carolina que había dejado el campo libre á la madre de la suicida.

—Me alegro muchísimo, exclamó Carolina; así irás á mi casa, tanto más cuanto que yo no quiero verte nunca en aquel lecho funerario.

Marcial hizo prometer á su querida que no diría nada de toda aquella trágica aventura.

—No diré nada, descuida, pero dime cómo se llama esa loca.

—El conde de Briançon contestó que era una extranjera, una americana, la señorita Merceditas.

—Está tranquilo, hé aquí un nombre que no podré nunca pronunciar.

Carolina Aumont comió con su amante y cometió la indiscreción de hablarle sin cesar de la locura de aquella americana. Marcial, que veía siempre á Juana con su palidez de muerta y que medía su amor por su desesperación, acabó por imponerle silencio con ademán colérico. Insistió ella hablando de aquel drama en tono festivo; y Marcial entonces, incomodóse formalmente, se levantó, tiró la servilleta sobre la mesa y despidióse de su querida con un frío saludo que asemejábase mucho á un adiós.

—Pues bien, le gritó Carolina, vete á encontrarla sobre su hermoso lecho nupcial.

Hallóse el conde de Briançon paseando sobre el *boulevard*, pensando en si había hecho bien rompiendo con Carolina cuando Juana había roto con él.

Y aquel hombre que tenía dos queridas que le adoraban, sentíase de repente solo.

—¡Hace frío! murmuró abrigándose con su gabán.

Aquella noche fué la que el marqués de Satanás nos presentó mutuamente.

—He aquí un hombre dichoso, me dijo el marqués inclinándose ante Marcial, es amado por todas las mujeres; se le conocen siempre dos queridas á la vez.

—Sí, respondió Marcial, dos queridas; pero esta noche crea usted que hace falta una tercera.

—Tiene usted razón, le contesté: el que posee dos queridas no tiene ninguna; lo que constituye la fuerza del amor es la unidad; es preciso, pues, tener las setecientas mujeres de Salomón, ó poseer una sola.

El conde de Briançon no escuchaba; toda su alma estaba con la señorita de Armaillac. Tenía miedo de amarla mucho y temía no ser amado por ella.

—El puñal, dijo, llevando su mano al corazón, es á mi á quien ha dado el golpe, y la herida será mortal si Juana no me ama.

III

De una á otra

El conde de Briançon fué dos veces á tener noticias de la señorita de Armaillac, pues él dormía en el Grand Hotel dejando en completa libertad á la madre y á la hija.

El segundo día escribió esta carta á Juana: «En mi profundísimo amor por usted no sé hacer otra cosa que obedecer ciegamente. Esté en su casa ó en la mía, ordéneme usted y obedeceré. Ruego con toda mi alma á Dios que la vuelva á usted á la vida. Cuando restablecida ya pueda y quiera verme, volveré á prosternarme á sus pies para siempre ó para decirle adiós.»

Transcurrieron cuatro días mortales sin recibir contestación ninguna de Juana ni de su madre. Cuando Marcial se presentaba en la antecámara le respondían siempre lo mismo:

«La señorita está muy mala; el médico